

EL LIBRO MATEO

Lección 84, Capítulo 24 (continuación) 5

Mateo 24:30 dice: **«Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del Hombre, y todas las tribus de la Tierra se lamentarán, y verán al Hijo del Hombre venir sobre las nubes del cielo con gran poder y gloria».**

La semana pasada analizamos minuciosamente este pasaje para entender el significado de algunos de los términos. Por ejemplo, ¿qué son «las tribus de la Tierra», que con mayor frecuencia se traduce como «las tribus de la tierra»? Aprendimos que existe un gran desacuerdo académico sobre la interpretación correcta, ya que «tribus de la Tierra» se refiere a las 12 tribus de Israel, mientras que «tribus de la tierra» es una forma bastante inusual de referirse a todos los habitantes de nuestro planeta. No se trataba de una situación de «o una cosa o la otra», sino más bien de ambas, porque así es como las profecías bíblicas suelen cumplirse en la realidad. Las profecías suelen tener un doble significado porque presagian un doble cumplimiento: un cumplimiento que por lo general es relativamente cercano, y otro que se encuentra en un futuro lejano. Otra característica de la naturaleza de doble cumplimiento de la profecía bíblica es que, con frecuencia, el grupo afectado se amplía en alcance, al tiempo que el área geográfica se vuelve más extensa. Así, en el ejemplo que cité, sucederán dos cosas con respecto a nuestro pasaje, el versículo 30: las 12 tribus de Israel serán reunidas de nuevo en la Tierra Santa de Israel desde sus exilios por todo el mundo (a nivel físico) como la culminación final de un largo proceso de reunión; y, sin embargo, en otro nivel, también aquellos que han sido injertados en Israel (los creyentes en Yeshua de todas las etnias) serán reunidos espiritualmente en el Reino de los Cielos.

También es necesario que nos alejemos lo suficiente de este pasaje para verlo como un panorama histórico: Yeshua acaba de describir el evento que toda la cristiandad y todo el cosmos anhelan: su propio regreso en poder y gloria. Esto también marca el fin de la era (o al menos los primeros momentos del clímax de la historia tal como la hemos conocido). Lo expreso así porque tengo pocas dudas de que estos actos finales del proceso de la redención ocurrirán todos en un lapso muy breve de entre 15 y 22 días literales, que es el lapso calendario de las últimas tres fiestas bíblicas. Así como los actos redentores de la muerte, el entierro y la resurrección de Yeshua, y luego la venida del Espíritu

Santo para morar en los creyentes, sucedieron todos en un lapso de unos 50 días (dependiendo de cómo se elija contarlos), así también los actos finales de la redención ocurrirán muy con rapidez y coincidirán precisamente con las fiestas de otoño. Por eso nuestra preparación para este evento es tan crucial. Así como cuando nos enteramos de que se aproxima un huracán, contamos con unas pocas y preciosas horas o días para prepararnos para sus efectos; una vez que llega, ya es demasiado tarde. Sucederá lo mismo en el momento en que la señal del Hijo del Hombre aparezca en el cielo; el tiempo para prepararnos espiritualmente, para habernos arrepentido sinceramente y haber aceptado a Cristo en nuestras mentes y corazones tal como Él es, habrá terminado. Por eso, en nuestro pasaje se describe a la gente de la tierra como en duelo, porque aquellos que no conocen a Yeshua sabrán instintivamente que su condenación para toda la eternidad ha caído sobre ellos. A quienes lloran probablemente se sumarán los creyentes, porque conoceremos y amaremos a tantos que se han resistido a aceptar al Mesías... desde nuestros propios cónyuges, hasta nuestros hijos y nietos, tal vez nuestros padres y nuestros amigos más queridos... quienes, a partir de ese momento, estarán perdidos para siempre.

Ahora bien, ¿entendieron los discípulos de Jesús Sus palabras como una profecía de Su regreso como el Hijo del Hombre, volviendo a Jerusalén desde Su hogar celestial? Nada de lo que he leído me indica que así fuera. Y es desde esta perspectiva —la de que sus discípulos no entendieron el significado de las palabras de su Maestro... o tal vez no las comprendieron del todo en el sentido totalmente literal en que Él las dijo— que debemos entender lo que nos queda por leer en los últimos capítulos de Mateo, y tal como también aparece en Marcos y Lucas.

Volvamos a leer una parte de Mateo 24.

VOLVAMOS A LEER MATEO 24:32-42

El resto del capítulo 24 de Mateo es una serie de ejemplos que Yeshua utiliza para transmitir algunos puntos relacionados con los diversos acontecimientos que conducirán a Su regreso como el Hijo del Hombre, incluido el evento en sí. Aún no ha abordado lo que sucederá inmediatamente después de Su regreso. Todas estas ilustraciones hacen hincapié en la conciencia y la preparación. Se trata de un tipo de preparación que debe comenzar con la confianza en Yeshua como el Hijo del Hombre Redentor, pero que también debe incluir creerle cuando habla de cosas que seguramente sonaban incomprensibles para sus discípulos, y que siguen siendo terriblemente incomprensibles en

muchas de nuestras iglesias y sinagogas hoy en día. Si lo que Él decía fuera fácil de entender, agradable y aceptable como una verdadera visión del futuro, seguramente no habría sido tan repetitivo y apasionado al instar a sus discípulos a escuchar y obedecer. Por lo tanto, Yeshua quiere que estemos muy atentos y en guardia para que no nos tomen por sorpresa ni nos engañen las personas o los acontecimientos.

La primera ilustración que presenta Jesús es la de la higuera. Se trata de algo que no es más que sentido común, si no conocimiento común, para los judíos de Tierra Santa del siglo I. No hace falta ser agricultor para saber que, antes de que un árbol produzca su fruto, primero brotan las ramas y se forman hojas nuevas, y solo después comienzan a aparecer esos pequeños nódulos de fruto. ¿Hay algún simbolismo intencional en el uso de una higuera en lugar de otro tipo de árbol frutal? Muchos buenos eruditos y maestros de la Biblia creen que sí. La mayoría de las veces, si detectan simbolismo en esta historia, es que la higuera representa a Israel; y esto proviene del relato del capítulo 21, cuando Jesús maldijo una higuera que no tenía fruto, y esta se marchitó y murió al instante. La interpretación habitual es que, si la higuera representaba simbólicamente a Israel en el capítulo 21, aquí, en el capítulo 24, debe representar lo mismo. Dos reflexiones al respecto: primero, como les mostré cuando estudiamos el capítulo 21, la higuera NO simbolizaba a Israel en su conjunto, sino solo a Jerusalén como la capital de su liderazgo religioso, su jerarquía y sus rituales. Bíblicamente, el olivo representa a Israel en su conjunto. En segundo lugar, no estoy seguro de que la higuera sea mucho más que un árbol frutal comúnmente conocido que servía como una ilustración sencilla en ese momento. Aunque Yeshua y sus discípulos se encontraban en la colina llamada Monte de los Olivos, allí había casi tantas higueras como olivos. Además, dado que Jesús se encontraba en Jerusalén para la Pascua (una fiesta de primavera), los higos se encontraban en su proceso natural de brotar hojas nuevas y ya habrían comenzado a aparecer los primeros indicios de yemas frutales. En otras palabras, la higuera era un objeto a la mano. Me cuesta creer que la higuera, tal como se utiliza en esta ilustración, sea símbolo de algo en absoluto.

Cristo va directo al grano: cuando ves que las ramas de una higuera comienzan a brotar tiernas, y luego empiezan a salir las hojas, y finalmente comienzan a aparecer los pequeños brotes de fruto (en ese orden), entonces, claramente, debido al conocido ciclo estacional de las higueras (tal como crecen en Tierra Santa), todos saben que el verano está por llegar. Y, si no estoy llevando esta ilustración demasiado lejos,

también debemos notar y estar seguros de que este proceso, una vez iniciado, no puede ser interrumpido por ningún tipo de poder, ya sea espiritual o humano. Las estaciones del año ocurren en un orden específico, y los ciclos agrícolas junto con ellas, sin importar lo que los humanos quieran o hagan. Ciertamente, hay períodos en la historia de la Tierra en los que se producen alteraciones en los ciclos terrestres: veranos extremadamente calurosos, primaveras demasiado frías o lluvias invernales insuficientes, lo que a su vez dificulta que las plantas hagan lo que normalmente hacen. Hemos tenido eras glaciales y hemos tenido períodos muy cálidos a lo largo de los eones. De todos modos: la primavera SIEMPRE sigue al invierno, y el verano SIEMPRE sigue a la primavera, incluso en las frías regiones polares de la Tierra. Y aunque dudo que los discípulos estuvieran reflexionando con tal profundidad sobre lo que Yeshua decía, a veces nosotros, en el siglo XXI, que podemos obsesionarnos con el fin de los tiempos, necesitamos dejar de lado estas preocupaciones el tiempo suficiente para comprender que, así como los ciclos estacionales son fijos debido al orden divino y no por casualidad, también los hitos redentores y del fin de los tiempos están fijados de acuerdo con el orden divino. Nada los interrumpirá, y sucederán en el mismo orden fijo que se profetizó, tal como lo hacen las estaciones y el ciclo agrícola de la higuera. Así pues, estos diversos hitos de la historia redentora que Jesús ha revelado hasta ahora a sus discípulos —y que son los indicadores legítimos de lo que precede al fin de los tiempos—, incluyendo la advertencia de que muchas cosas como guerras cercanas y lejanas, terremotos, hambrunas y otras calamidades en todo el mundo NO deben tomarse como tales indicadores (y, por lo tanto, sus seguidores no deben pensar erróneamente que lo son), quedan ilustrados mediante su uso de la higuera.

No pasemos por alto una lección importante del versículo 33 para nosotros en nuestra época. Las palabras «CUANDO vean que suceden estas cosas...» significan que no sabremos en qué punto de la Historia de la Redención nos encontramos HASTA que veamos que estas cosas ocurren. Especular es inútil; solo después de que sucedan reconoceremos estas cosas como las señales que son. Esta es una lección que trato de recalcar constantemente (con la esperanza de reducir algunas ansiedades): la única forma en que podemos saber verdaderamente cuándo se está cumpliendo una profecía es al verla en retrospectiva. Y eso se debe a nuestra naturaleza humana, que no puede ver ni siquiera un segundo más allá de nosotros. Todo lo que tenemos para guiarnos es el presente inmediato y todo lo que es pasado. Hay tantas piezas intrincadas en el rompecabezas de la Historia de la Redención que es necesario que un número suficiente de ellas se

ensamble correctamente, en orden, antes de que podamos estar seguros de lo que estamos viendo. Por lo tanto, no debemos sacar conclusiones apresuradas ni dar por sentadas las doctrinas proféticas de la Iglesia sobre el Fin de los Tiempos. Simplemente no contamos con información suficiente para trazar algo parecido a un panorama claro.

Una cosa que sí sabemos con certeza es que, para que las profecías del fin de los tiempos se cumplan verdaderamente, Israel debe existir como una nación física de hebreos. Así como para que el Anticristo profane el Templo, este debe existir en una Jerusalén controlada por los judíos. De estos dos eventos que deben ocurrir, Israel SÍ volvió a existir en 1948. Pero, debido a siglos de enseñanza de doctrinas incorrectas, esto pasó prácticamente desapercibido (excepto para varios millones de árabes y musulmanes furiosos). Incluso ahora, su importancia (aunque está comenzando a ser reconocida por una parte cada vez mayor de la Iglesia) todavía suele minimizarse o malinterpretarse. Esto es exactamente el tipo de cosa que va a suceder a medida que comiencen los eventos señaladores de la entrada en el fin de los tiempos. Algunos que están al tanto, cuentan con la información adecuada y tienen la paciencia suficiente para esperar a que todo se desarrolle de manera que pueda reconocerse inequívocamente por lo que es, serán recompensados con la liberación. Otros... incluyendo a quienes asisten regularmente a la iglesia y a la sinagoga (y, por supuesto, a aquellos de la población mundial que adoran a otros dioses o a ningún dios en absoluto) ... no se darán cuenta. Estarán buscando las cosas equivocadas, o no estarán prestando atención en absoluto, y quedarán excluidos. No nos sorprendamos si estamos entre esos creyentes que sí reconocen lo que está sucediendo, pero que probablemente seremos severamente criticados, si no perseguidos abiertamente, por nuestros esfuerzos.

El versículo 34 nos presenta otro pasaje desafiante. Yeshua dice que **«este pueblo ciertamente no perecerá antes de que sucedan todas estas cosas»**. Casi todas las traducciones, excepto esta de la CJB, dicen **«esta generación ciertamente no perecerá...»**. Interpretar la palabra griega **genea** como «pueblo» en lugar de «generación» es una opción válida, aunque no es así como se usa habitualmente el término. Sin embargo, creo que ambas formas son correctas, ya que es típico de la profecía que el cumplimiento ocurra primero de manera pronta y limitada para un número reducido de personas en un contexto geográfico específico, y que luego, en el futuro, vuelva a ocurrir de manera mucho más amplia, para un segmento más grande de personas en un contexto geográfico más global. Ahora bien,

si tú o yo estuviéramos sentados allí en el Monte de los Olivos escuchando atentamente las palabras de Yeshua, ¿qué podríamos deducir de lo que nos está diciendo? Esperaríamos que, en algún momento muy cercano (semanas, tal vez meses), sucedieran todo tipo de cosas terribles (incluso peores que la ocupación romana de la Tierra Santa), incluyendo eventos cósmicos aterradores como que el sol y la luna se oscurecieran y que las luces del cielo cayeran. Eso es lo que pensaríamos, y así sucedió. Pero, al final, resultó que Yeshua se refería a eventos que ocurrirían en dos horizontes: uno cercano y otro lejano.

Luego, en el versículo 35, Yeshua retoma algunas expresiones que utilizó en el Sermón del Monte. Dice que, en efecto, el cielo y la tierra pasarán, pero sus palabras (es decir, sus enseñanzas) no pasarán. Para quienes sean nuevos en la clase de Torá «Semilla de Abraham», me tomaré un momento para recitarles algo que quienes han estado con nosotros por un tiempo han escuchado en numerosas ocasiones.

Mateo 5:17-19 ¹⁷ *«No piensen que he venido a abolir la Torá o a los Profetas. No he venido a abolir, sino a cumplir. ¹⁸ ¡Sí, de verdad! Les digo que hasta que el cielo y la tierra pasen, ni siquiera un yud ni un trazo pasarán de la Torá, hasta que todo lo que debe suceder haya sucedido. ¹⁹ Por eso, quien desobedezca la más pequeña de estas mitzvot y enseñe a otros a hacer lo mismo, será llamado el más pequeño en el Reino de los Cielos. Pero quien las cumpla y así las enseñe, será llamado gran dé en el Reino de los Cielos.*

De las diversas declaraciones inequívocas y definitivas que Cristo hizo en su Sermón del Monte, la parte que dice: «Les digo que hasta que el cielo y la tierra pasen, ni siquiera un yud ni un trazo pasará de la Torá...», las palabras en las que nos enfocamos son «el cielo y la tierra pasen». Algunos maestros de la Biblia dicen que esto es solo una expresión judía que significa algo muy parecido a la expresión inglesa más moderna «hasta que el infierno se congele». Eso no es cierto; no se conoce ninguna expresión judía que diga «el cielo y la tierra pasarán». Yeshua se refiere a un evento real que está profetizado en el Antiguo Testamento y que se menciona en el capítulo 21 del Apocalipsis.

Apocalipsis 21:1 *Entonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva, pues el cielo anterior y la tierra anterior habían desaparecido, y el mar ya no existía.*

Una vez más: que el cielo (en el sentido de «los cielos», el Universo) y la tierra pasen a desaparecer es un **evento** que realmente ocurre, y eso es exactamente lo que Cristo quiso decir en el capítulo 5 de Mateo. Él lo utiliza de la misma manera aquí, en el capítulo 24. Sus enseñanzas permanecerán vigentes, junto con las de la Torá, hasta que ocurra el evento predicho en Apocalipsis 21. Permítanme ser claro: las palabras de Jesús NO reemplazaron a la Torá ni a la Ley de Moisés. Sus palabras de Mateo 5 y de Mateo 24 de ninguna manera se oponen entre sí; son las dos caras de la misma moneda.

Luego, en el versículo 36, obtenemos información adicional que me genera dudas sobre cómo utilizar la línea de tiempo del fin de los tiempos de Daniel. Yeshua dice que nadie sabe cuándo llegará ese día y esa hora (en que sucedan estas cosas y luego Su regreso). Observen que esta falta de conocimiento se extiende no solo a los ángeles en el cielo, sino a Él mismo. Solo el Padre posee ese conocimiento. Las implicaciones teológicas y prácticas de este pasaje son considerables y son objeto de acalorados debates. Abordémoslas una por una.

Primero, la cuestión de las palabras «cuando llegue ese día y esa hora». Esto está pensado para complementar el calendario que Yeshua presentó utilizando la ilustración de la higuera. Jesús utiliza la higuera para expresar un punto muy básico que no implica ninguna precisión de tiempo o fecha; solo un orden en el que sucederán estas cosas. Es decir, en primavera las ramas de la higuera se vuelven tiernas, luego brotan hojas nuevas y, después de eso, aparecen los brotes de los frutos. Por lo tanto, es obvio que el verano está cerca (porque el verano siempre sigue a la primavera, y es siempre en primavera cuando la higuera hace estas cosas). Pero en el versículo 36, la enseñanza de Yeshua pasa ahora a decir que, si bien podemos saber en términos muy generales cómo se verá aproximadamente el momento en que se acerquen los Últimos Tiempos, nunca sabremos de antemano ningún detalle de los acontecimientos ni sobre el día o la hora; es decir, una fecha y una hora específicas. Es decir, nadie puede decir algo como: «El 22^{de} septiembre de 2025, hacia el atardecer, Cristo regresará».

Dicho esto, parece que, según lo que Yeshua ha dicho, a medida que las cosas se acerquen mucho a su regreso, y a medida que más piezas del rompecabezas profético encajen en su lugar (como la construcción de un nuevo Templo y, más tarde, la profanación de este por parte del Anticristo), tal vez podamos comprender mejor cómo insertar y utilizar la profecía de Daniel que trata sobre el momento en que todo esto sucederá. Escucha este fragmento del capítulo 12 de Daniel, que es más

una advertencia que una información.

Daniel 12:8-13 ***⁸Escuché esto, pero no pude entender lo que significaba; así que pregunté: «Señor, ¿cuál será el resultado de todo esto?». ⁹ Pero él dijo: «Vete, Daniel, pues estas palabras permanecerán en secreto y selladas hasta el tiempo del fin». ¹⁰ Muchos se purificarán, se limpiarán y se refinarán; pero los impíos seguirán actuando con impiedad, y ninguno de los impíos lo comprenderá. En cambio, los que tengan discernimiento lo comprenderán. ¹¹ Desde el momento en que se quite el holocausto diario y se establezca la abominación desoladora, habrá 1.290 días. ¹² ¡Cuán bendito será quien espere y llegue a los 1.335 días! ¹³ Pero tú, sigue tu camino hasta que llegue el fin. Entonces descansarás y resucitarás para recibir tu recompensa, al final de los días».***

Daniel dice: «Oí esto, pero no pude entender lo que significaba». Dios responde que el conocimiento de estas cosas permanecerá sellado hasta el Fin. Incluso hoy en día seguimos sin estar en una posición mucho mejor para comprender los detalles más sutiles del calendario profético, porque lo que se está revelando sigue siendo futuro para nosotros. Así que sí, por un lado, podremos reconocer la etapa en la que hemos entrado, pero por otro, no habrá muchos más detalles más allá de eso (aunque eso no va a impedir que algunos de ustedes lo intenten). Para ser francos, dedicar mucho esfuerzo mental y tiempo a averiguar exactamente en qué punto de la línea de tiempo redentora nos encontramos, o creer que alguno de nosotros puede llegar a tener una idea bastante clara de cuándo regresará Yeshua, solo nos distraerá de la importante obra que Dios tiene para sus seguidores en este momento. Puede, como les ha sucedido a muchos cristianos, destruir nuestra paz y hacer que algunos se sientan francamente ansiosos y temerosos. Es mejor tomar las palabras de Dios a Daniel y actuar en consecuencia: «Pero tú, sigue tu camino hasta que llegue el fin. Entonces descansarás y resucitarás para recibir tu recompensa al final de los días». Preocúpate por las cosas que puedes controlar y las que puedes saber, y deja el resto en las manos capaces de Dios.

Ahora pasemos a la parte altamente controvertida del versículo 36. Es bastante interesante que, hasta que se creó la doctrina eclesiástica de la Trinidad tal como se define en muchas ramas de la Iglesia, este versículo realmente no representaba un gran problema. Solo oímos hablar por primera vez del concepto de la doctrina de la Trinidad más o menos al mismo tiempo que se discutía la idea de crear un Nuevo

Testamento entre los líderes cristianos gentiles... alrededor del año 200 d. C. Siguió siendo bastante polémico hasta casi finales del siglo IV, cuando se incorporó a la ley eclesiástica romana en el Concilio de Nicea. Hasta entonces, se reconocía el misterio de la relación exacta entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, pero no fue hasta Nicea que la Iglesia estableció una doctrina específica sobre esa relación a la que todos debían adherirse.

Cuando me refiero a la Trinidad tal como la definen muchas ramas de la Iglesia, es porque a muchos cristianos les sorprende saber que no existe una sola doctrina de la Trinidad, universalmente reconocida, tal como la Iglesia romana primitiva esperaba grabarla en piedra. El diablo, como se suele decir, está en los detalles. Y algunos de esos detalles se remontan a una época en la que había un acalorado debate dentro del cristianismo romano —frente a otras corrientes cristianas— sobre la sustancia de Dios. Así que, en lugar de dedicar literalmente numerosas lecciones a analizar las diversas doctrinas de la Trinidad y los distintos debates sobre la esencia de Dios, solo abordaré la que parece ser la más conocida (y probablemente la más extendida) en el mundo eclesiástico occidental: aquella que afirma que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son coiguales. Es decir, no existe una jerarquía de autoridad, y la unidad entre las tres personas de la Trinidad es tan completa que sus capacidades, conocimiento y sabiduría son totalmente iguales. Son los fundamentos de esta versión particular de la doctrina de la Trinidad los que han permitido que florezca en algunas ramas de la Iglesia la noción de que el Padre era el Dios del Antiguo Testamento, quien, en mayor o menor medida, se retiró para permitir que el Dios del Nuevo Testamento, Jesús el Hijo, tomara el relevo y lo reemplazara. Tengan en cuenta que estoy hablando en términos muy generales, ya que las variaciones entre las denominaciones, e incluso dentro de ellas, son muchas y a veces muy matizadas.

Resumiré el asunto diciendo lo siguiente: la doctrina particular de la Trinidad que presenta a Dios como tres personas, sin jerarquía y de igual estatus y conocimiento, contradice la lectura literal de las Escrituras... incluido el Nuevo Testamento. He preguntado a algunas personas que creen en esa versión particular de la doctrina de la Trinidad cómo concilian esa doctrina con las palabras de Jesús de que Él no sabe cuándo regresará, y que solo el Padre lo sabe. La respuesta suele ser que Jesús elige no saberlo. Podría saberlo si quisiera; pero, por alguna razón, hace que solo su Padre lo sepa. Debo decir que esa explicación no me convence en absoluto. En mi opinión, es una forma bastante forzada de defender una creencia no bíblica de que las tres

personas son exactamente iguales, a pesar de que Cristo ora regularmente al Padre (¿acaso, por lo tanto, también se está orando a sí mismo?), pide que se haga la voluntad del Padre (¿acaso, por lo tanto, está pidiendo que se haga su propia voluntad?), y en el Padre nuestro le dice a la gente que ore a «Nuestro Padre que está en los cielos». Cristo NUNCA nos dice que le recemos a Él. Cuando esté en el cielo, el Hijo del Hombre se presentará ante el Anciano de los Días (un título bien conocido e indiscutible para el Padre), y el Padre le dirá al Hijo del Hombre que ahora se levantará, dejará su trono, se retirará y le entregará todo a Jesús, ¿verdad? ¡No! Le dice al Hijo del Hombre que se siente a su diestra... que es donde los reyes siempre colocan a su consejero principal o a su segundo al mando.

Por lo tanto, estos hechos bíblicos me impiden aceptar la versión de la doctrina de la Trinidad que afirma la igualdad de las tres personas, o que todas tienen el mismo derecho al mismo conocimiento y sabiduría. No sé dónde caen exactamente esas líneas de demarcación entre ellas (aunque encontramos algunos ejemplos generales de ello en las Escrituras). Como mínimo, en todos los casos, el Padre es supremo. Es Él quien envía a Su Hijo y a Su Espíritu Santo para hacer lo que sea Su voluntad; nunca al revés. No quiero insistir más en esto, salvo para decir que el problema radica en tratar de satisfacer nuestro deseo humano de querer comprender el misterio de Dios como **echad**, uno, cuando al mismo tiempo nos enfrentamos al dilema de declarar que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son todas partes divinas del mismo Dios. No existe ni existirá jamás ninguna representación o ejemplo terrenal de esta relación, por lo que seguirá siendo un misterio para nuestras mentes humanas hasta que ya no existamos en este mundo físico y, en cambio, ascendamos a lo puramente espiritual.

Quizás sea solo mi forma simplista de abordar las cosas; pero creo que tal vez sea mejor posponer el intento de explicar, racionalizar o comprender la esencia de Dios, o exactamente cómo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo operan como una unidad, hasta que lleguemos al cielo. Más bien, con fe, debemos aceptarlo en la medida en que la Biblia nos lo revela. Podemos aceptar que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo están perfectamente unidos y que todos son divinos sin aceptar que todos tengan capacidades, conocimiento y sabiduría idénticos. Existe una jerarquía obvia y establecida bíblicamente entre ellos que no es ambigua. Supongo que a algunos les resulte más cómodo aceptar el misterio como tal que a otros. Creo que el mejor camino es buscar lo que es cognoscible frente a lo que no lo es. Por lo tanto, no estamos obligados a mantener ni defender doctrinas creadas por el hombre hace

siglos que no tenían sentido entonces y que siguen siendo deficientes. En nuestros pasajes, Cristo deja muy claro que Él no tiene el privilegio de conocer el momento exacto del fin de los tiempos ni cuándo regresará; Aquel que lo enviará de regreso sí lo sabe, pero no comparte este conocimiento.

En el versículo 37, Yeshua ilustra no el momento ni el orden, sino más bien las circunstancias de su regreso. Establece una analogía con Noé y el Gran Diluvio. Yeshua lo explica en términos de personas que llevaban una vida normal... no se menciona nada malo. La gente comía y bebía (no bebía en el sentido de emborracharse, sino simplemente para disfrutar), los hombres tomaban esposas y las mujeres se convertían en esposas, y esto continuó hasta el día en que Noé y su familia entraron al arca. Entonces, como la gente no vio la señal de los tiempos, llegaron las aguas del diluvio y los arrastraron a la muerte. Yeshua dice que el prelude y luego la culminación de su llegada serán así.

No le demos más importancia a esto que a esta simple ilustración de la que probablemente sea la historia bíblica más conocida que todo judío conocía; tal vez la primera historia que les enseñaron cuando eran niños pequeños. La imagen mental es esta: Noé tardó mucho tiempo en construir un barco enorme... años, sin duda. Es inconcebible que la gente no se diera cuenta y le preguntara qué era esa extraña monstruosidad y por qué la estaba construyendo. Todos, excepto la familia de Noé, ignoraron lo que Dios había dicho que iba a suceder. Sin embargo, no hay indicios de que Noé tuviera idea del día ni de la hora en que vendría el diluvio; solo sabía que ocurriría. Así que, con la destrucción global inminente y el mundo ajeno a ella, todos siguieron viviendo sus vidas como de costumbre. No todos los detalles de la historia del Diluvio se aplican a la venida de Yeshua. Por ejemplo, no tenemos conocimiento de ninguna señal específica dada a la gente del mundo mientras Noé construía su arca, aparte del hecho de que la estaba construyendo. No se nos dice que se advirtiera a la gente para que se preparara; solo que eran malvados. Todo lo que tenemos son especulaciones sobre lo que la gente pensaba acerca de este proyecto del arca. No obstante, el punto es que Noé y su familia creyeron en Dios y se prepararon para el diluvio. Nadie más lo hizo. Cuando llegó el momento decisivo, fue de repente; con ese primer chapoteo de lluvia en el suelo, el destino de todas las criaturas de la tierra quedó sellado. Será este tipo de circunstancia y de desinterés entre la gente, que no tiene la sensación de que algo catastrófico, mortal y definitivo está a punto de suceder. La diferencia es que parece que en los días de Noé no se advirtió a la gente de la tierra sobre el evento que se avecinaba, ni se

les dieron señales. Pero en el futuro, cuando regrese el Hijo del Hombre, se habrá dado aviso con siglos de antelación, se habrán erigido señales e hitos, y se habrá explicado claramente qué hacer para prepararse. Y, sin embargo, relativamente pocos prestarán atención y, por lo tanto, serán tomados por sorpresa. No habrá segundas oportunidades.

Los versículos 40 a 42 describen lo repentino de todo ello; la falta de conciencia de la población de la tierra ante el regreso del Hijo del Hombre. La moraleja de la historia es que uno debe estar preparado para que esto suceda en cualquier momento, en un abrir y cerrar de ojos, cuando menos lo esperemos.

Si bien estas tres ilustraciones hablan principalmente de lo mismo, el énfasis en la tercera es ligeramente diferente. Estos versículos, junto con algunas palabras de Pablo, forman la base de la doctrina de lo que los cristianos llaman «El Rapto».

1 Tesalonicenses 4:16-17 ***¹⁶Porque el Señor mismo descenderá del cielo con un grito de júbilo, con la voz de un ángel y con el shofar de Dios; los que hayan muerto unidos al Mesías serán los primeros en resucitar; ¹⁷ luego, nosotros, los que quedemos vivos, seremos arrebatados junto con ellos en las nubes para encontrarnos con el Señor en el aire; y así estaremos siempre con el Señor.***

Cuando se combina con lo que Pablo acaba de decir —la idea de que dos hombres estarán trabajando en el campo y uno será llevado y el otro dejado atrás, y que dos mujeres estarán moliendo harina en casa y una será llevada y la otra dejada atrás—, probablemente deba entenderse a la luz de Noé y el Diluvio. Es decir, Noé y su familia fueron llevados, y los condenados quedaron atrás. Curiosamente, hay eruditos bíblicos que lo ven al revés; consideran que los «llevados» son los condenados y los «dejados atrás», los afortunados. Así, los «llevados» fueron barridos por el juicio y los «dejados atrás» eran los justos. No le veo la lógica a esto. No importa cómo se mire, los que se quedan atrás sufrirán todas las calamidades que ocurran cuando Dios derrame su ira, y los que son llevados no.

Es un principio bíblico fundamental que Dios no derrama Su ira sobre los justos y los impíos por igual. Dios divide, elige y separa precisamente con el propósito de infligir Su ira a unos y conceder Su misericordia a otros. Noé puede ser el ejemplo principal y más antiguo de esto. Por lo

tanto, a medida que se acerca el Fin y Dios comience a derramar Su ira a nivel global, al inicio del proceso protegerá a los millones de justos en la tierra de la manera que realmente es la mejor y más lógica: nos sacará de la escena. Si bien el momento exacto de esta retirada es un tema que merece ser discutido, eso es para otro día. En este momento, me gustaría abordar qué es esta retirada... este Rapto...

Hoy creo que puedo afirmar sin oposición que la imagen mental que tienen la mayoría de los cristianos es la de los creyentes desapareciendo repentinamente en masa, o elevándose en el aire con la misma rapidez. Lo de «elevarse en el aire» es una interpretación bastante nueva del significado, y creo que es totalmente injustificada. La desaparición tal vez se acerque más, pero esa desaparición no se menciona realmente. Y, francamente, si lo que esto significara fuera que todos los creyentes desaparecieran de repente, eso no sería muy difícil de expresar en el lenguaje de cualquier época.

Suponiendo que lo que ocurra sea algún tipo de desaparición instantánea, ¿se trata del cuerpo, del alma o de ambos? ¿Podría ser una muerte repentina y mundial de todos los creyentes, sin previo aviso, sin miedo y sin dolor, que libere nuestras almas hacia el cielo? Aunque realmente no hay nada más que pueda agregar sobre cómo será este evento repentino, ya que en la Biblia no hay más información al respecto, lo que sí podemos saber es que este evento será inesperado y ocurrirá sin previo aviso. Al igual que la gente en los días de Noé, la idea de «dos en el campo y dos en casa» significa que las personas (justas e impías) seguirán con sus qué haceres diarios como si fuera un día cualquiera. Para los discípulos, la escena que Yeshua describe es una imagen familiar que ven todos los días; por lo tanto, no tiene nada de muy lejano en el futuro. Somos nosotros, desde el lejano futuro del siglo I. quienes debemos tratar de extrapolar lo que esto significa para nosotros.

Yeshua resume la idea principal en el versículo 42: «Por eso, manténganse alertas, porque no saben en qué día vendrá el Señor». Y, como Él mismo confesó antes, tampoco Él lo sabe. Por lo tanto, el hilo conductor detrás de estos tres ejemplos es: la conciencia, la alerta y la preparación.

Continuaremos la próxima semana con Mateo 24.